

De la creatividad

Las leyes de la naturaleza nos enseñan que sólo consiguen sobrevivir aquellas especies cuya fisiología o conducta dispone de unas dotes que les permiten enfrentarse con éxito a la lucha por la vida.

En algunas especies, estas dotes se hacen evidentes en su propia anatomía. Será un caparazón duro o hiriente que protege su cuerpo, o su capacidad de camuflaje o su sola corpulencia, lo que les propicia una defensa que diríamos «pasiva». En otras, en cambio, son sus performances físicas en velocidad, agilidad y reflejos las que, posibilitándoles la huida, las salvaguardan. Si, por el contrario, la naturaleza las ha dotado de fuerza y de «armamento», será mediante una actitud ofensiva, haciendo frente, que se defienden y sobreviven, dominando en su territorio. En otras será el hábitat específico en el que viven o su alimentación peculiar lo que les permite mantenerse al margen de las pugnas por el alimento con las demás. En otras, en fin, será su enorme capacidad reproductora la que posibilita la persistencia de la especie. En todas ellas, se evidencian siempre unas dotes genéticas que permiten su supervivencia, de un modo que podríamos llamar «natural».

Siendo éstas las pautas naturales de la supervivencia, es evidente que la especie humana carece de cualquiera de estas facultades fisiológicas descritas, cuanto menos, en grado suficiente, como para explicar el hecho de que siga existiendo como especie. Su piel es frágil, no le protege ni abriga, sus performances físicas y su armamento ofensivo natural (uñas, dientes y fuerza) mediocres frente a la que poseen la mayoría de los animales. Vive y se alimenta en el mismo medio natural que sus competidores irracionales; y su capacidad reproductora es lenta y poco productiva. Nada hay en todo ello, pues, que explique cómo ha podido sobrevivir durante milenios una especie tan mal dotada fisiológicamente por «natura».

Las razones -pues evidentemente las hay-, se hallan a otro nivel. No son aparentes en su fisiología. Y es que con la especie humana entra en juego un factor distinto, excepcional. Una dimensión «salvadora» hasta entonces desconocida. El ser humano ha desarrollado una singular habilidad para suplir por sí mismo esas dotes naturales de las que carece. Ha sido capaz de elaborar un equipo extra-corporal que completa las carencias de su fisiología y le permite sobrevivir a pesar de todo.

ANDRÉ RICARD es Diseñador Industrial, escritor y profesor. Ha sido presidente de la Agrupación de Diseño del Fad, Presidente Fundador de la Asociación de Diseñadores Profesionales, Vice-Presidente del Consejo Internacional del Diseño, Vice-Presidente del Barcelona Centro de Diseño y Miembro de la Facultad del Art Center de Suiza.

Es Patrono de la Fundación Eina, Patrono de la Fundación Loewe y Presidente del DESIGN FOR THE WORLD (la ONG del diseño).

Ha publicado varios libros sobre diseño, el último recién publicado: "En resumen..."

Ha merecido numerosos premios nacionales e internacionales, entre ellos, Premio Nacional de Diseño, Creu de Sant Jordi, Ordre Olympique, Medalla de Oro al mérito artístico de Barcelona, Chevalier des Arts et des Lettres.

La Fundació Miró dedicó la exposición "El diseño cotidiano" al conjunto de su obra.

Para que llegara a consolidarse la estirpe humana, la selección natural tuvo que ir reteniendo el linaje de aquellos especímenes de un cierto tipo de primates que, dotados de una mayor cefalización, intuyeron que utilizando guijarros desportillados o ramas, a modo de tosco herramental, podían defenderse y sobrevivir. De este modo, fue perfilándose el código genético específico de esta nueva especie en el que persistían y se perfeccionaban esas nuevas dotes indispensables para su supervivencia: la creatividad.

En cada generación sobrevivían y se reproducían preferentemente aquellos individuos que mejor se las ingeniaban para detectar en su entorno material aquello que podía ayudarles a defenderse y alimentarse. A lo largo de una dilatada criba genética se alcanzó así la familia de los homínidos quienes, yendo más allá del mero instinto animal de sus antecesores, desarrollaron todo un arsenal de objetos que suplían sus carencias naturales. Fue esta capacidad de saber inventar en cada momento las «prótesis» que precisaba, la que permitió al hombre afincarse como especie. Una especie que introduce un nuevo género en la tierra: lo artificial. Es decir,

cosas que no crea la naturaleza y que surgen como fruto de la necesidad.

Esta artificialidad con la que ha sabido rodearse el hombre constituye un fondo de datos y conocimientos que se ha ido ampliando de generación en generación. La especie humana sobrevino gracias al constante incremento de ese legado cultural que cada generación ha recibido de sus antecesores. Esa memoria colectiva que es la cultura humana es, en cierto modo, así equiparable al conocimiento innato que el genoma transmite por vía genética.

Siendo así que, si no le resulta fácil a un joven animal sobrevivir falto de sus progenitores -y ello a pesar de la riqueza de la información genética que le dictan las pautas de comportamiento propias de su especie- resulta impensable que un niño abandonado a sí mismo, sobreviva. El hombre, incluso adulto y culto, necesita de los demás y de los conocimientos acumulados durante generaciones para vivir. Cada individuo no puede reinventar todo el bagaje de experiencias acertadas que llamamos «cultura».

Ese nuevo mundo artificial siguió un proceso selectivo similar al que hizo la propia naturaleza para extraer la rama de los homínidos del tronco de la materia viva. La cultura humana se ha ido estructurando según un sistema de selección natural. La retención de cualquier solución se hizo por el sistema de tanteo de prueba-error. Es decir: nueva proposición -> experiencia -> análisis del resultado. Si éste era favorable, aquella propuesta se retenía, si resulta desfavorable, se modifica (es decir se transforma en otra propuesta) o se descarta definitivamente. El proceso reflexivo que aplica el hombre para crear actúa según un sistema semejante al de la selección natural darwiniana. La diferencia estriba en que, en lo que crea el hombre, tanto las propuestas como su comprobación se efectúan a un ritmo mucho más rápido. Las variantes que se proponen no se producen como resultado del puro azar, como ocurre con los có-

digos genéticos, lo que conlleva un lento ciclo de miles de generaciones hasta hallar la fórmula que permita consolidar una nueva alternativa. En el área abstracta del proceso de reflexión-imaginación propio de la creación, en cambio, los planteos y los descartes se hacen en milésimas de segundo, por la sinápsis de las neuronas. Del mismo modo las comprobaciones prácticas que precisa una nueva idea imaginada puede llevarse a cabo en un corto espacio de tiempo. A veces bastan unos días. Además, cada generación parte de ese legado que supone la experiencia forjada por sus antecesores. Un legado cultural que le evita repetir errores y al que cada generación aporta nuevos datos y conocimientos. En este sentido el proceso de evolución de lo artificial es más lamarckiano que darviniano.

Esa rapidez en el proceso selectivo de las obras de factura humana explica el desarrollo fulgurante de lo artificial y de la propia inteligencia de la especie humana, en comparación con la lenta evolución biológica. La creatividad humana ha permitido una proliferación de alternativas, a la vez que se ha acelerado la valoración de las mismas. Veamos sino, lo poco que significan los 30.000 años transcurridos desde las herramientas neolíticas hasta la más sofisticada electrónica, frente a los millones de años que tuvieron que transcurrir para que, por medio de la adaptación natural, una escama de reptil se tornara pluma de ave.

El hombre llegó a crear todo un instrumental artificial a medida que iba comprendiendo e infiriendo lo que ocurría en su alrededor. Si primero supo observar que un guijarro desportillado podía servirle para cortar aquello que sus uñas y sus dientes no lograban rasgar, luego acertó en reproducir y perfeccionar ese canto cortante hasta crear el filo. Siguiendo este proceso llegó a desarrollar, en pocos siglos, un amplio surtido de elementales herramientas y, a su vez, un modo de organizar su propia mente. Crear supone, en efecto, una «gimnasia

intelectual» que exige observar, inferir e imaginar. Los antropólogos se interrogan hasta qué punto la habilidad manual ha ayudado a la mente a racionalizarse o ha sido la razón la que ha dotado a esa mano de habilidad.

Lo cierto es que esa potencialidad intelectual fue creciendo de forma geométrica y pronto desbordó su marco primitivo que la circunscribía al ámbito de lo esencialmente práctico. Esta capacidad de REFLEXIONAR e IMAGINAR que le dio al hombre acceso a la CREACION no es una potencialidad unidimensional que sólo había de servirle para elaborar objetos y discernir conductas. Es, por su propia esencia, una capacidad abierta y versátil que, una vez activada, no podía limitarse a la tarea primaria de velar por la subsistencia. Una vez satisfecha la acuciante y primordial necesidad de sobrevivir, esa capacidad de razonar para comprender lo que ocurre, estaba disponible para lanzarse a otros menesteres, más allá de los problemas meramente prácticos del vivir.

Ese mismo mecanismo reflexivo le llevó a preguntarse sobre sí mismo, llegando a tomar así conciencia de su propia existencia como ser efímero, capaz de gozar y sufrir, amar y odiar. Vivir, para un ser irracional, no tiene otro significado que resolver el presente inmediato. «Vivir» es entonces un acto que se rige por los dictados del innato programa genético. Esa pauta impresa en sus cromosomas no le facilita al ser irracional más que una muy limitada capacidad de deducción, aplicada a la supervivencia. Del ayer sólo retienen unos reflejos condicionados. El mundo orgánico, animal o vegetal, vive en la ignorancia de que existe futuro. No sólo no puede incidir conscientemente en su destino, sino que no es consciente de que este destino existe. El animal o la planta viven en un estado de permanente no-conciencia. Esta imposibilidad de inferir el mañana es la suerte de lo irracional.

El hombre, en cambio, descubre esa otra dimensión de su existencia en la rea-

lidad cotidiana que le rodea. Sabe de su propia degradación y de su ineludible muerte. Esta revelación es en sí desoladora. Es el gran secreto que el Hombre ha descubierto. Como la caja de Pandora, una vez abierta, cambiaría su modo de entender su vida. Su ingenio o su intuición le llevan entonces a buscar una explicación, una esperanza o, en último extremo, una forma de olvidar lo fatal del desenlace. Desde hace milenios, buena parte de la capacidad intelectual e intuitiva del hombre no sólo se dedica a negociar la supervivencia, sino que intenta explicar, justificar o mitigar su destino.

Con el Hombre se ha introducido en la tierra a un ser que sabe que ha sido creado, que es mortal y quiere ahora comprender el cómo y el por qué. Las religiones ofrecen una razón y significado a la aparente sinrazón de la vida. Ese ¿por qué? se trasciende y explica entonces más allá de la vida misma. La ciencia, por su lado, por caminos racionales, busca explicación o remedio a esta fatalidad humana. Para muchos la sabiduría les lleva a aceptar su destino y, para otros, hallan en la evasión, en sus múltiples formas, el último refugio para olvidar, aunque sea unos instantes, esa misma fatalidad.

La primera teoría filosófica hedonista, de Aristipo y de Epicuro, que buscaba en los placeres «nobles» un medio para elevar al hombre, perseguía ya esa evasión. El placer como el deporte exaltan nuestros sentidos y provocan emociones que, aun dejándonos conscientes de la realidad, la subliman. No son un fin en sí, sino un medio para desconectarse de esas preguntas que plantea nuestra propia realidad como seres efímeros, conocedores de su fragilidad y de su tránsito fugaz. También lo lúdico, que involucra habilidad y destreza, exige una concentración mental que aleja cualquier otra preocupación existencial. Los éxitos, en esa esfera lúdica, son alicientes que perduran incluso de retorno a la vida real. Los fracasos en ese terreno jamás llegan

a tener el carácter irremediable que tiene nuestro destino. En ellos, siempre cabe la esperanza de una segunda oportunidad. Buscamos aquellas actividades que permiten evadirse, perder de vista la cruda verdad existencial. Actividades que no sólo estimulan nuestro intelecto sino además logran que nuestro cuerpo segregue sus propias drogas: adrenalinas o endorfinas y de un modo natural ayudan a crear esa distancia con la problemática realidad. Cualquier «diversión» o «distracción» por lo que supone de inatención al presente, es útil para alcanzar ese fin. Y esa desconexión se hace necesaria, aunque sea momentánea, pues una continua constatación de nuestro destino podría restarle sentido al propio hecho de vivir. La constante percepción de la realidad resultaría insoportable. Tal estado de alerta ha de relajarse, de modo que cuando volvemos a considerar nuestra condición humana, después de un periodo de olvido, parece como si tuviéramos mayor capacidad para matizar, mitigar o reenfocar sus profundas implicaciones.

La creatividad, en fin, se sitúa entre el juego y el placer. Ese intenso esfuerzo de concentración que se precisa para desenvolverse con soltura en el espacio mental en que las ideas se forjan, supone un auténtico «despegue» de la realidad, a la que se rebasa hasta acceder a un nivel otro, superior. Esa órbita «otra» en la que la dimensión de nuestra propia vida, con todo lo que puede tener de desesperado, adquiere un calibre relativo ante lo que estamos creando. Por unos instantes somos dioses. La obra creada justifica y trasciende así nuestra propia vida. El hombre en su faceta creativa se sobrepasa a sí mismo dando vida a algo cuya esencia conceptual deviene imprecadera. Algo que justifica y, en cierto modo, compensa lo efímero de su vida.

La creatividad es así la forma de evasión más trascendente. Una evasión con la máxima economía de medios y energías físicas. Una actividad que puede

vivirse en solitario, moviendo en el espacio mental ideas surgidas de lo más remoto de nuestro ser. Con la sola capacidad imaginativa que poseemos, somos capaces de alejarnos de la realidad existente y de elevarnos hasta unos niveles en que esa realidad ya no nos acosa. Libres del sometimiento a lo conocido, inmersos en los torbellinos imaginativos que exige y permite la actividad creativa, el mundo real se aleja de nosotros y esas angustias existenciales pierden su tremendismo. En esos momentos del éxtasis creativo podemos, sin temor, mirar cara a cara nuestro destino. Los valores son otros. Y es que crear le da al hombre algo más que una evasión momentánea. En el acto creativo el hombre se une al mundo, trascendiendo su rôle pasivo. Cuando la creación culmina en una obra, la esencia de esa obra deviene un viático que da significado a la existencia de quien la creó. A través de su obra el hombre afirma que existe y la nada de su vida se perpetúa. Esa huella de su tránsito fugaz llega así a integrarse en el tejido mismo del universo cultural. De ese tejido entramado de infinitas aportaciones humanas que han hecho posible el advenimiento de nuestra especie. Por eso sólo, valía la pena haber vivido. ■